

rada tranquilidad á que le daba derecho su cualidad de jefe de familia, máxime desde que su hermano estaba siendo testigo de ciertas apariencias que sólo con serlo le afrentaban.

Sensible en este punto y hasta visionario, no hay para qué decir con qué cuidado observó hasta el menor movimiento de los producidos en su casa desde el mediodía, por la aparición en ella del dichoso aderezo, especialmente al presentarse su mujer adornada con él; tanto, que sin la inesperada resolución de su hermano, acaso hubiera tomado el mismo partido, cuando no el de prohibir á Isabel salir de casa aquella noche. Ignorante de lo que ocurría, pero en el firme convencimiento de que ocurría algo extraordinario y tal vez grave, el mejor remedio era cortar por lo sano y tomar en el acto el partido que estaba resuelto á tomar muy pronto. Esto no sería muy diplomático, pero sí muy saludable.

Por eso aplaudió en su interior el deseo de su hermano, que, sin hacerle á él sospechoso ni violento, podía contribuir á descubrirle la verdad sin menoscabo de la honra; por eso, dejándose llevar de sus impresiones del momento, pero guardando siempre el debido respeto á su propia dignidad, le hizo aquella advertencia mientras le vestía; advertencia que, aunque vaga en los términos, quizá fué comprendida por

Ramón, por esa intuición misteriosa que une á dos seres á quienes afecta un mismo infortunio ó sonrío una misma felicidad.

En tal situación de ánimo, y enfermo más que nunca del cuerpo, le dejó Isabel aquella noche, sin fijarse siquiera en los estragos que en su semblante iban haciendo tantas horas robadas al sueño y al reposo, para adquirir las enormes sumas que ella despilfarraba sin duelo en caprichos y frivolidades.

VII

La condesa viuda de Rocaverde luchaba ya, con la desesperación del vencido, contra los rigores del tiempo, y en vano reparaba con artificios de tocador las brechas que á cada momento abría en su cara el implacable enemigo. Verdadero monumento en ruínas, quedábale tal cual vestigio de su pasada hermosura, que celebraban los solterones, sus contemporáneos, y estudiaban los jóvenes aficionados á la humana arqueología.

El conde de Rocaverde fué muy rico; y aunque no tan pródigo como su mujer, cuando á los pocos años de casado murió... «por no enfadarse» como decía la fama, no dejó al mundo más que una triste memoria de su carácter, al-

gunas deudas de consideración y sus salones muy acreditados entre los más famosos de la buena sociedad madrileña.

Pasó algún tiempo, y cuando la gente de pró esperaba ver á la viuda pidiendo una plaza en un asilo de caridad, desechando rumores de mal género, á propósito de no sé qué banquero, hete aquí que se la ve reaparecer en el gran mundo, más rumbosa, más elegante y más cortesana que nunca.

La maledicencia es como el hambre: dándole lo que le gusta, se calla... por de pronto. Y tal sucedió con la de Rocaverde. Entretuvo agradablemente y con inusitada frecuencia en sus salones á la gente del buen tono, y ya cesó ésta de ocuparse en averiguar de dónde salían aquellas misas, dado que la sacristía la había dejado á secas el difunto.

¡Y qué período aquél de fiestas, á las que concurría todo lo más selecto y granado de la aristocracia, de la banca, de la prensa y de las artes!

Allí *se hacía* música; allí se declamaba, poniéndose en escena á veces, en un teatrillo al caso, por las jóvenes más pudorosas y los hombres más formales, lo más aplaudido del repertorio contemporáneo... francés, por supuesto; y allí, finalmente, se celebraban esos bailes pintorescos que tanto dieron que hacer á los sastres,

á las modistas y al sentido común, en la *confeción* de trajes alegóricos: trajes de crepúsculo, trajes de tempestad, trajes de luna, trajes de ira, trajes de compasión... trajes de todo lo imaginable, pues la gracia estaba en representar una estación del año, ó una hora del día, ó una efeméride, ó una pasión, ó una virtud, ó una enfermedad, ó el Misisipí, ó el cable submarino, de cuatro tijeretadas sobre algunas varas de tul ó de *satén*, entretenimiento que tomaban y suelen tomar por lo serio nuestros hombres de Estado y nuestra prensa grave.

Pasaron así algunos años, al cabo de los cuales se fué observando que el tiempo hacía los mismos estragos en la cara de la condesa que en sus salones; es decir, que éstos dejaban de revestirse con el lujo y la frecuencia de costumbre, á medida que aquélla se marchitaba.

Poco á poco fueron disminuyendo en número las fiestas, y llegó un día en que dejaron éstas de ser periódicas, y se convirtieron en extraordinarias, en casos raros.

En este período fué cuando la de Rocaverde, como si quisiera reconcentrar las débiles fuerzas de sus recursos agonizantes, según la fama, para consagrarlas á un solo objeto de más fácil logro, se dedicó, con la saña propia de una beldad en ruínas, á quemar fuera de su casa los últimos fuegos de su esplendor. Por eso la he-

mos visto, según Isabel y la marquesa, luchando con la elegancia de la primera, y conquistando el supuesto amante de la segunda; brillo y adoraciones que el tiempo la iba negando.

Á esta misma época pertenece la reunión á que vamos á asistir como espectadores el lector y yo; fiesta trabajosa, como preparada con las rebañaduras de la antigua abundancia, y decidida entre angustias de bolsillo y exigencias de acreedor.

No por eso ofrecía su casa aquella noche triste aspecto: había rodado por ella demasiado la abundancia, para que no quedara en días de apuro algo con que cubrir las apariencias.

En cuanto á la concurrencia, se componía, como siempre, de lo mejor de la «buena sociedad» madrileña.

Allí estaba la encanijada solterona aristocrática, verdadera gaviota imponderable, envuelta en muelle plumaje de céfiros y encajes; la robusta matrona de plateados rizos y sonora voz, égida, guía y maestra de su pimpollo, aspirante á cortesana, fresca y delicada criatura que, viendo del revés sus conveniencias, buscaba aquel agosto sofocante para desarrollar sus abriles risueños; *las* del jubilado funcionario X***, de quienes se contaba que, puestas por su padre en la alternativa de comer patatas y vestir con lujo, ó comer de firme y vestir india-

na, optaron sin vacilar por lo primero; la rolliza codiciada heredera de un banquero de nota, buscando con ojos de diamantes una ejecutoria de primera clase para ennoblecer las peluconas de su padre; la *sublime* viuda, de rostro dolorido, que entretenía allí sus penas mientras labraba en un claustro retirada celda para enterrarse en vida; la dama esplendorosa y rozagante que movía un huracán con sus vestidos y muchas tempestades con sus coqueterías; la inofensiva esclava del buen tono, que se exhibía así por cumplir un deber de su «posición;» la pudorosa beldad que recitaba arias de *Norma* y cantaba monólogos de Racine...

Pululando, culebreando, plegándose como mimbres ó irguiéndose como alcornoques (no siempre han de ser palmeras los términos de comparación), veíase al «distinguido» pollo, osado, enjuto y con el emblema de su linaje hasta en los faldones de la camisa; al joven sentimental que cantaba de tenor, y aguardando á que se lo suplicasen, lanzaba miradas de agonía á las mujeres sensibles; al «hombre de mundo» que cifra sus glorias en herborizar en la mies del vecino mientras abandona la propia á la rapacidad de otros *botánicos*; al *serviente* demócrata, cuya sátira implacable era en cafés y en periódicos el azote de *las clases* de levita; pero que solía reconciliarse algunas veces con

el frac y los guantes blancos, cuando le invitaban á codearse con la aristocracia, y, sobre todo, á cenar con ella; y por último, cruzando los salones, ó retorciéndose el mostacho enfrente de cada espejo, ó adoptando posturas académicas en cada esquina, al hombre parco en saludar, de ancho tórax y pescuezo corto, de buenas carnes y soberbia estampa, que no hablaba á nadie, pero que parecía decir á todo el mundo: «caballeros, esto es lo que se llama un buen mozo;» hombres felices si los hay, que al volver á casa esperan siempre oír llamar á su puerta al discreto lacayo que les trae perfumado billete en que la marquesa, su señora, les pide una cita y su amor.

Al paño, es decir, medio oculto entre los de una *portière*, el literato viejo, aplaudido autor dramático que buscaba en aquel cuadro modelos para sus caracteres, ó que gustaba de que creyesen los demás que eso es lo que hacía; el anciano papá que devoraba un bostezo, mientras sus hijas devoraban más afuera con los ojos otros tantos acomodados de ventaja; el recién presentado, joven de pocas malicias y menos resolución, que ardía en deseos de lanzarse á aquel mundo en que recreaba su vista, y no se atrevía, porque no conocía á nadie ni confiaba gran cosa en su travesura.

Más atrás, el hombre de Estado departiendo

sobre la última sesión de Cortes ó preparando una combinación ministerial; el flamante gobernador de provincia, que le escuchaba á respetuosa distancia porque le debía el destino... y quizás el frac novísimo que vestía, y que concurría allí, según él, para dar un adiós al mundo de los placeres; según otros, á tomar aires de importancia y un poco de escuela que implantar en los salones del alcázar de su ínsula.

Hojeando los álbums en los gabinetes, ó chupando los puros de la casa en las salas de fumar, el hombre de negocios, el rico banquero, el general encanecido en cien pronunciamientos, digo batallas, el periodista de nota, etc., etc., etc.

Y sobre todos estos grupos, por encima de tanto personaje, dominándolo todo, el tipo por excelencia, el hombre indispensable, la verdadera necesidad del presente siglo en las altas regiones de la moda: *Lucas Gómez*. Por eso su entrada en el salón era una entrada triunfal; y aunque indigesto de faz y mal cortado de talle, saludábanle las viejas, sonreíanle las mamás, mirábanle tiernas las solteronas y buscaban con ansia sus lisonjas las beldades más altivas.

Lucas Gómez era el cronista, el trompetero de aquellas fiestas; el mejor y más digno cultivador de esa literatura de patchoulí que ha fijado la reputación de ciertas publicaciones serias entre

la gente «de importancia.» De él eran, y nadie se las disputaba, ciertas frases *felices* de «buen tono;» de él eran los *chocolates bullangueros*, los *tés bailantes*, los colcres *fanés*, los abriles *de tul*, las pasiones *de popelina*, y tantísimos otros neologismos con que se enriqueció la literatura *elegante*, que devoraban y devoran con especial deleite los nobles herederos de las glorias de aquellos grandes hombres cuyos hechos asombraban al mundo. Él, erudito de guardarropía, con una paciencia admirable hacía la historia y describía los mil detalles de cuanto llevaba sobre su persona cada mujer; él restauraba á las feas llamándolas *simpáticas*; él sahumaba á las hermosas comparándolas con el arbol de la aurora ó con un *bouquet* de violetas, lirios y rosas de Alejandría; él adulaba á la obesa mamá llamándola *gentil matrona*, y mal había de andar el asunto para que la enjuta y acartonada solterona de ojos de basilisco y hocico de merluza, no alcanzara en sus crónicas, cuando menos, la cualidad de *espiritual*; hacía á todos los hombres de negocios, *opulentos*; á todos los militares, *bizarros*; á todos los periodistas, *eminentes*; á todos los títulos de Castilla, *preclaros varones*; á todos los artistas, *inspirados*, y á todos los gacetilleros, *populares literatos*.

Para aquel hombre todo se subordinaba á las leyes del buen tono: hasta la muerte; pues al

gemir sobre la fresca tumba de una dama noble, no recordaba sus virtudes, ni las fingía siquiera, sino que inventariaba sus roperos, sus joyas, sus carruajes, sus admiradores y sus talentos para brillar en aquel mundo que perdía en ella el mejor de sus atractivos, el más esplendente de sus astros.

Tal era *Lucas Gómez*, el mimado y lisonjero cronista de las fiestas del gran mundo cuyos *buffets* le engordaban.

Pues bien: hallándose reunidos todos los enumerados y otros muchos elementos por el estilo; estando, como si dijéramos, en pleno la reunión, fué cuando aparecieron en ella nuestros conocidos: radiante de satisfacción y de hermosura Isabel, descompuesta y febril la marquesa, en babia su marido, y hecho un mártir Ramón en su postizo traje de etiqueta.

Tres embestidas había dado aquella mañana la de Rocaverde al aderezo consabido, y ya se disponía el joyero á enviársele, de acuerdo con el encargo que, después de la segunda, le había hecho el vizconde, cuando se presentó éste otra vez en la tienda con la contraorden que sabemos.

Cómo se pondría la vanidosa señora al entender que no solamente no existía ya la alhaja en venta, sino que la había adquirido Isabel, y por mediación del vizconde, adivínelo el lector. To-

dos sus talentos de mujer de mundo, todo su *don de gentes*, toda su experiencia en el trato de ellas, fueron necesarios para que no cometiera aquella noche cien inconveniencias al «hacer los honores» de su casa. Iba y venía sin tregua ni sosiego, y aunque risueña y cortesana siempre, sus ojos lanzaban fuego y su lengua era un cuchillo. Observándola bien, había en ella, como diría un imitador ramplón de las extravagancias de Víctor Hugo, algo del viento que zumba, algo de la pólvora que se inflama, algo del perro que muerde... sobre todo cuando recibió á Isabel y la vió engalanada con el fatal adorno. Centellearon sus ojos, y al estrecharla las manos con exagerada pasión, cualquiera diría que pulverizaba entre sus dientes las duras piedras del aderezo.

Isabel, que se gozaba en aquel martirio, hizo la presentación de su cuñado; recibióle ella con la burla más fina y más punzante que pudo proporcionarla su deseo de vengarse de algún modo de la hermosa dama; y tomando de la mano al impávido lugareño, llevóle de persona en persona á todas las de la reunión, presentándole como «un hermano político de Isabel, que acababa de llegar de su pueblo.»

Importábanle muy poco á Ramón aquellas exhibiciones ridículas, puesto que las aprovechaba para recorrer mejor todos los rincones de

la casa en busca del objeto que á ella le había conducido: el vizconde. Le había visto una sola vez, pero estaba seguro de que le conocería donde quiera que le hallara. Así es que cuando la condesa, acabada la burlesca revista, le soltó de su mano, Ramón, convencido de que el vizconde no se hallaba aún en la casa, sólo se cuidó de elegir en ella un punto desde el cual pudiera observar la llegada de aquél.

Y llegó, en efecto, á las altas horas, seguido de una pequeña corte de admiradores, invadiendo el salón principal como terreno conquistado.

Conocióle en el acto Ramón, y disimulando cuanto pudo sus intenciones, púsose sobre sus huellas y procuró no perderle de vista un solo momento.

Nada de particular observó en mucho tiempo, sino algún que otro rumor al pasar, referente á cierto chasco dado á la condesa, y alguna que otra mirada al adorno de Isabel; rumores y miradas que convertía al punto en substancia la aprensiva obcecación del sencillo aldeano. Su cuñada, entre tanto, aunque objeto, como siempre, de las atenciones de todos, no fijaba su conversación con nadie, y el vizconde mismo no había hecho más que saludarla, como á otras muchas personas.

Continuó la reunión con sus peripecias de carácter; y al llegar el cansancio y el hastío, que

son dos de ellas, fuéronse replegando á las orillas muchos tertulianos que antes parecían no caber en el salón entero ni tener, en todas las de la noche, horas suficientes para gastar los bríos que llevaban.

De estos retirados eran el vizconde y sus amigos, que se habían colocado á la embocadura de un gabinete. Ramón se instaló en el gabinete mismo, ocultándole los pliegues de la cortina á las miradas del primero, y no tardó en advertir que los calaveras, vamos al decir, colmaban de felicitaciones y plácemes á su jefe, que éste recibía con afectada solemnidad, como un héroe las coronas. Llamábanle «Cid de los salones,» «Sansón de toda esquivéz,» «rey de la reina» y otras cosas semejantes; respondía á todas el *laureado*, que «había cumplido su palabra;» que «las montañas más altas tienen, tanteadas de cerca, algún sendero por el cual son accesibles,» y así por el estilo.

Hasta allí, el diálogo, aunque muy malicioso é intencionado, era soportable para el que le escuchaba afanoso detrás de la cortina; pero bien pronto salió á relucir el nombre de Isabel con todas sus letras, y entonces sintió Ramón una cosa dentro de sí con la cual no contaba. Zumbáronle los oídos, y una nube sangrienta le oscureció los ojos. Había ido á aquella casa con el único objeto de observar, y veía venir

sobre su temperamento impresionable algo que iba á poder más que su resignación.

Tras el nombre de Isabel vinieron al diálogo las alusiones tan claras como injuriosas, y, por último, se evocó, por el mismo vizconde, con burla sangrienta, el de Carlos, «pacientísimo marido y predestinado borrego.»

Al oír esto, Ramón no pudo sufrir más: ciego de ira, aunque conservando todavía una sombra de respeto al sitio en que se hallaba, cogió al vizconde, que hablaba desde el salón, por los faldones del frac; le metió de un tirón en el gabinete, y cuando allí le tuvo, le sacudió las dos bofetadas más sonoras que ha oído el presente siglo.

Terciaron los circunstancias, sujetaron al agresor, y empezaron en las inmediaciones los comentarios de costumbre: atribuyóse el lance por unos á alguna burla hecha por el vizconde al desentonado personaje; por otros á una disputa sobre política... por todos á todo menos á la verdad.

Entre tanto salió Ramón á la sala, no antes que la noticia del lance; buscó á Isabel, y al hallarla la soltó al oído un «vámonos de aquí» tan acentuado, tan entero, tan exigente, que no la permitió ni el tiempo necesario para avisar á la marquesa, que estaba lejos de ella.

Ya en el coche los dos, Isabel, que conocía

algunos pormenores del suceso, atribuído por el rumor á una broma de mal género que se había querido dar á su cuñado, se atrevió á preguntarle:

—¿Y qué es lo que te ha ocurrido?

—Nada que pueda interesarte... por ahora,—respondió secamente Ramón.

No volvieron á hablar una palabra más en el trayecto que recorrieron juntos.

Al llegar á casa, preguntó Ramón por Carlos, y supo que estaba recogido ya. Dió las buenas noches á Isabel, y se encerró en su cuarto.

Arrojó lejos de sí el vestido opresor de etiqueta, sustituyéndole con el suyo cómodo y holgado; comenzó á pasearse como una fiera en su jaula, y de este modo pasó más de dos horas. Al cabo de ellas, rendido por su propia agitación más que por el sueño, tendióse vestido sobre la cama, y así dejó correr la noche.

¡Jamás le pareció otra más larga ni más penosa! Todo su afán era que viniera el día para hablar con Carlos.

VIII

Tan pronto como vió penetrar un rayo de luz por las vidrieras, saltó de la cama, dejó su

habitación, se fué derecho á la de su hermano, en la cual entró sin anunciarse de modo alguno, y no se sorprendió poco cuando halló á Carlos paseándose y con señales de haber dormido tanto como él.

Al verle así, no tuvo valor para decirle de pronto toda la verdad. Sin embargo, juzgó preciso decírsela de alguna manera.

Carlos, por su parte, no pudo disimular el dolor que le causó la tan temprana visita de su hermano, cuyo aspecto sombrío no revelaba ninguna noticia tranquilizadora.

—Vengo—dijo Ramón por todo prefacio,— á que echemos un párrafo, y te ruego que te sientes.

Carlos se dejó caer como una máquina en un sillón, mientras su hermano se sentaba en otro á su lado.

El infeliz abogado se hallaba en la situación moral del reo á quien van á leer la sentencia que puede llevarle al patíbulo. El único resto de fuerza que le quedaba le empleó en sonreírse por todo disimulo. Después exclamó en son de broma:

—Bien está lo del párrafo; la hora es lo que me choca un poco.

—Pues no debe chocarte—repuso Ramón.— He dormido mal, porque no estoy acostumbrado á fiestas como la de anoche; y, por otra par-

te, ayer me autorizaste implícitamente, puesto que madrugas tanto como yo, á que entrara en tu aposento si me encontraba aburrido y solo en el mío.

—Corriente. ¿Y qué quieres decirme?

—Quiero... insistir en mis trece: en que eres poco venturoso.

—¡Otra vez!

—Otra vez y ciento.

—Pues yo insisto en que te equivocas... y te suplico que no volvamos á hablar del asunto. Soy rico, tengo algún nombre, Isabel es bella... en una palabra, tengo hasta el derecho de que se me crea feliz.

—Todo lo tienes, en efecto, menos una mujer que lea en tu corazón y se amolde á tus hábitos.

—Ya te he dicho que Isabel...

—Isabel no te comprende, ó, por mejor decir, no se toma la molestia de estudiarte. Tú te desvelas, tú consumes la vida miserablemente por ella; y ella, entre tanto, triunfa y despilfarrá, y jamás tiene en sus labios una palabra de cariño en pago de tu abnegación.

—Pero Isabel es muy honrada...

—Y por ventura, ¿te atreverás á asegurarlo? ¡Harto hará si lo parece!

—¡Ramón!...

—No te amontones, y escúchame: tu mujer

vive en una atmósfera en que la vanidad, la lisonja, las rivalidades del lujo y la coquetería entran por mucho, si no por todo; tu mujer es libre en esa atmósfera, como el pájaro en la suya; en esa atmósfera vive perpetuamente la seducción, y tu mujer es muy hermosa. ¿Tendría nada de extraño que, mientras tú duermes descuidado en la soledad de tu casa, tendieran en la del vecino redes á tu honra? ¿Y sería tu honra la primera que ha sido presa en esas redes?

—¡Por caridad, no me atormentes más!

—¿Luego lo crees posible?

—Sí—exclamó Carlos con voz terrible y con los puños crispados, dejando ya todo disimulo;—hay momentos en que hasta eso creo, y... ¡sábelo de una vez! padezco horriblemente. Mi dignidad, mi carácter, la gratitud que debo á su padre, el amor que he llegado á sentir por ella, su desvío aparente ó cierto hacia mí, su sistema de vida, el mundo, mi conciencia, mis deberes... todo esto junto, en revuelta y agitada lucha, es un puñal que tengo clavado en el corazón, y me va matando poco á poco.

—¡Desdichado! ¿Y por qué no le arrancaste?

—Porque no pude... ni puedo.

—Eres un niño débil, Carlos, y esa debilidad no te la perdonará Dios, ni el mundo tampoco.

—Y ¿qué he de hacer?

—¿Qué? Tener carácter. Tenle una vez, si aún es tiempo, ó te pierdes.

—¡Ay, Ramón!—exclamó Carlos con amargura:—eso mismo me lo digo yo cien veces al día; pero al llegar el momento decisivo; al recurrir á mi carácter; al imponerme con mi autoridad y mis derechos, me faltan las fuerzas, y, te lo confieso, hasta llego á creer que soy yo el reprehensible, porque no me ajusto á sus costumbres.

—Pero ven acá, alma de Dios—dijo Ramón, ensañado contra aquella inaudita manera de discurrir.—¿No has pensado nunca en que lo que es hoy en Isabel un descuido, hijo de la agitación en que la trae el mundo, podrá trocarse mañana en indiferencia, y otro día en olvido, y después en desprecio... y, por último, en una afrenta para tí, porque ya no será el recuerdo de sus deberes ni el de tu honra valladar suficiente de su virtud, si hay quien sepa asediarla?

—Pero ¿por qué insistes tú con tan horrible tenacidad en ese tema, pregunto yo á mi vez?—repuso Carlos con mal reprimida desesperación.

—Porque me enciende la sangre el ver cómo te desvives por contemplar á tu mujer, y cómo haces traición á tu carácter y á tu talento para disculparla, cuando yo tengo pruebas de que Isabel... no lo merece.

Al oír esto Carlos, pensó ver abierto á sus pies el abismo de todos los dolores y de todas las afrentas. Faltáronle las fuerzas y el valor para preguntar cuanto le ocurría en su natural deseo de descubrir la amarga y temida realidad, y sólo pudo decir con voz ahogada, y mirando á su hermano con expresión de anhelo, de angustia, de horror y de esperanza, todo junto:

—¡Pruebas!... ¿De qué?

Ramón se disponía á responder algo que fuera la verdad, sin lo cruel de la verdad misma, cuando apareció un criado anunciando la llegada de dos personas que deseaban hablarle con urgencia, y no pudo menos de bendecir en sus adentros aquella casualidad que alejaba un poco más el momento de dar á Carlos el golpe fatal. Carlos, por el contrario, la maldecía, porque á la altura á que habían llegado las explicaciones, no podía permanecer más tiempo sin conocer la verdad. Entre tanto, uno y otro extrañaban aquella visita, supuesto que Ramón, fuera de su familia, no conocía á nadie en Madrid.

De pronto asaltó á éste el recuerdo del lance de la noche anterior, y antes que Carlos pudiera adquirir la menor sospecha, se levantó rápido y se hizo conducir por el criado á la presencia de los dos visitantes.

IX

—¿Es reservado lo que ustedes tienen que decirme, caballeros?—les preguntó sin más saludos.

—Cabalmente,—le contestaron.

—Entonces, pasemos á mi cuarto.

Y en él los introdujo, cerrando después cuidadosamente la puerta.

Carlos, mientras esto sucedía, estaba en ascuas. En ciertas situaciones de la vida, todos los ruidos, todos los movimientos, todos los colores, todo lo imaginable responde á un mismo objeto: al objeto de la preocupación que nos domina. Aquellos dos personajes preguntando por su hermano, á quien nadie conocía en Madrid; su ida «al mundo,» su inesperada é intempestiva visita á su cuarto, la interrumpida conversación, todo esto era muy grave y todo le parecía íntimamente ligado con la tempestad que destrozaba su alma desde la noche anterior, y más especialmente desde las últimas palabras que le había dirigido su hermano. Ciego y desatentado salió tras él, vióle encerrarse en su cuarto con los dos recién llegados, á quienes tampoco conoció, y parecieronle siglos los minutos que duró la secreta entrevista.

Veamos lo que pasó en ella.

Tan pronto como se sentaron los tres, dijo Ramón:

—Sírvanse ustedes manifestarme cuál es el objeto de su venida, pues yo no tengo el gusto de conocerlos.

Los desconocidos eran personas de gran pelaje: mucho gabán, mucha patilla, mucho guante, mucho olor á pomada y afeites, y, sobre todo, mucha afectada lobreguez de fisonomía.

Uno de ellos respondió á Ramón después de carraspear:

—Usted, caballero, no habrá olvidado el lance de anoche.

—¡Ni mucho menos!—exclamó ingenuamente Ramón.—Pero juraría que no les había visto á ustedes ni á cien leguas de él.

—Es lo mismo para el caso—dijo el otro en tono muy lúgubre.—Nosotros no venimos aquí por nuestra propia cuenta, sino por la del señor vizconde del Cierzo.

—¿Y qué se le ocurre tan temprano á ese señor?

—Lo que es natural que se le ocurra después del suceso de anoche.

—Pero como lo más natural en ese caso sería un dentista, y yo no lo soy...

—Nos permitirá usted que le advirtamos—dijo el hasta entonces silencioso embajador,—

que hay ocasiones en que ciertas bromas no están justificadas.

—Respondo sencillamente á la observación que me ha hecho este otro caballero—replicó Ramón;—y como hasta ahora nada me han dicho ustedes que exija mayor solemnidad, no veo por qué ha de tomarse á broma mi respuesta.

—Pues bien—dijo el señalado por Ramón, —para abreviar y para entendernos de una vez: venimos de parte del señor vizconde del Cierzo á pedir á usted una satisfacción.

—¡Satisfacción á mí!—exclamó Ramón haciéndose cruces.—¿Por qué y para qué?

—Por lo ocurrido anoche, y para vindicar su honor nuestro representado.

—¿Les ha dicho á ustedes ese señor por qué le abofeteé yo?

—Lo sabemos perfectamente.

—¿Y aún se atreve á pedirme satisfacciones?

—Es natural.

—¡Natural! ¿Por qué ley? ¿Con qué criterio?

—Por la ley que rige en toda sociedad decente, y con el criterio de todo el que se tenga por caballero.

—Pase la decencia de esa sociedad, siquiera porque estuve yo en ella; en cuanto á que el vizconde sea un caballero, lo niego rotundamente.

—Señor mío—exclamó el más soplado de los dos representantes, —hemos venido aquí á pedir á usted cuenta de un agravio hecho públicamente á un caballero, y no es esa respuesta la que á usted le cumple dar.

—Efectivamente; pero la doy porque la que procede no puedo dársela más que al interesado, que se ha guardado muy bien de ponerse á mis alcances.

—Es decir, que rehusa usted...

—¡Pues no he de rehusar?

—En ese caso, nombre usted otras dos personas que se entiendan con nosotros.

—¿Para qué?

—Para arreglar los términos en que usted y el señor vizconde...

—¿De cuándo acá necesito yo procuradores para esas cosas?

—Desde que no están autorizados los duelos sin ese requisito.

—¡Acabaran ustedes con mil demonios!...

¡Conque se trata de un duelo?

—Como usted se resiste á dar una satisfacción cumplida...

—Vamos, es esa la costumbre... Y no extrañen ustedes ésta mi ignorancia, porque allá, en mi pueblo, no se gastan tantas ceremonias para romperse el bautismo dos personas que desean hacerlo.

—Ya lo suponíamos. De manera que, ahora que está usted al corriente de todo, no se resistirá á nombrar esas dos personas...

—Respecto á eso, señores míos, lo mismo que antes.

—¿Es decir, que tampoco quiere usted batirse?—dijo el emisario de más aire matón, mirando al desafiado con un poquillo de menosprecio.

—En manera alguna,—insistió Ramón muy templado.

—Me parecía á mí—objetó con desdeñoso gesto,—que cuando se abofeteaba á un hombre en público, habría valor suficiente en el agresor para responder más tarde con las armas en la mano.

—Poco á poco, señor mío—saltó Ramón muy amoscado.—Tengo mi opinión formada sobre eso que se llama entre ustedes *lances de honor*, opinión que no juzgo necesario exponer ahora; mas esto á un lado, y aún considerada la cuestión con el criterio de ustedes, creo que el único hombre que no tiene derecho para acudir á ese terreno es aquél á quien, como al vizcondo, abofetea otro por haberle infamado cobardemente, y por lástima no le mata.

—¡Rancias ideas!...—exclamaron riendo ambos padrinos.

—Y ¿á quién hace usted creer—añadió uno

de ellos,—que rehusa un lance por eso y no por otra cosa peor?

—¿Y á mí qué me importa que se crea ó que se deje de creer?—contestó Ramón con la mayor naturalidad.—Lo que puedo asegurar á ustedes es que á media vara de mis barbas no se reirá nadie de mí sin que le meta yo las suyas hacia adentro... Y esto les baste á ustedes.

—Ya se ve, cada uno tiene de su propia honra la idea que mejor le parece, por más que...

—¿Por más que, qué?—preguntó Ramón muy en seco.

—Por más que á la sociedad no le parezca tan bien.

—En pocas palabras, caballeros, y por si á ustedes les va pasando por la cabeza que puede ser miedo lo que me hace hablar así. Que tengo el corazón en su lugar, lo he visto ante cien peligros algo más graves que el que ofrece el cañón de una pistola de desafío, que acierta una vez por cada ciento que dispara; y en cuanto á lo demás... sin jactancia, no sería para mí, ni siquiera empresa difícil, echar á cada uno de ustedes por el balcón; ó á los dos juntos si me pusieran en ese caso.

—¡Caballero!—exclamaron los dos embajadores poniéndose muy foscos y de pie.

—Aseguro á ustedes—se apresuró á decir

Ramón con la mayor ingenuidad,—que no he dicho eso en son de amenaza, ni mucho menos, sino para indicarles de algún modo que no es miedo ni debilidad lo que me domina... y para que les vaya sirviendo de gobierno.

—Pues bien—observó uno de los padrinos más dulcificado en tono y en gesto,—quiere decir, que usted ni da satisfacciones ni acepta un lance.

—Cabales.

—De manera que implícitamente autoriza usted á nuestro representado para que, donde quiera que le encuentre, pueda declararlo así...

—Su representado de ustedes—dijo Ramón ya muy cargado,—puede hacer eso y cuanto guste, porque corre de mi cuenta arrancarle á bofetadas los dientes que le dejaron en la boca las dos de anoche, donde le encuentre, con eso... y sin eso.

Miráronse los padrinos y no con gesto de burla; fingieron lamentarse del mal éxito de su cometido, porque conocían el carácter del señor vizconde y *temían las consecuencias*, y salieron haciendo reverencias á Ramón, que los condujo á un medio trote hasta la escalera, por temor de que oliera algo Carlos, que andaba rondando por las inmediaciones.

X

Reunidos otra vez los dos hermanos, enardecido más y más Ramón con la escena en que acababa de figurar, é inquieto como nunca Carlos con lo que aquél le había dicho al separarse de él, se hacía indispensable para ambos una explicación terminante de todo lo ocurrido. Bajo tal supuesto, Carlos dijo á su hermano, despojándose ya de todo miramiento:

—Ramón, no puedo dudar de lo entrañable del cariño que me tienes. Pues bien: ese cariño y el interés que, como nacido de él, debe inspirarte mi felicidad, te ponen en el caso de decirme, sin duelo ni consideración, *cuanto pasa*. Si lo que pasa es grave, para poder obrar yo en consecuencia; si son aprensiones mías, para mi tranquilidad... ¡Todo menos esta situación de horribles temores! ¿Qué significa esa visita; qué las últimas palabras que me dijiste al ir á recibirla; qué tu ida inesperada á la sociedad... qué, en fin, tantos otros sucesos raros que estoy observando desde ayer?

—Nada... y mucho—respondió Ramón, que siempre temía herir demasiado directamente el corazón de su hermano.—Nada, si aún es tiem-

po de atajar el mal en su progreso; mucho, si lo que he visto no son amagos, sino la enfermedad misma.

—Pero ¿qué has visto?—preguntó Carlos con ansiedad.—¿No reparas que en la situación en que se encuentra mi espíritu, más daño que la realidad misma me hacen los miramientos con que me la ocultas?

—¡Tienes razón, voto al demonio!—dijo Ramón conmovido.—¿A qué tantos rodeos ni preparativos cuando el enfermo puede morir entre tanto? Escucha. Las dos personas que acaban de estar conmigo, venían á pedirme una satisfacción en nombre del vizconde del Cierzo; esa satisfacción me la pedía el vizconde porque anoche le dí dos bofetadas en casa de la condesa de Rocablanca, ó negra, ó verde, ó como se llame; le pegué las dos bofetadas allí, porque le oí jactarse de merecer de Isabel más atenciones de las que á tu honra convienen; se jactaba de ello, porque Isabel lucía unos diamantes que le había regalado él aquel día; y, por último, fuí yo á la reunión aquella, porque, después de sorprender por la mañana el regalo en tu propia casa, ví por la noche que Isabel le llevaba á la fiesta, lo cual era señal de que le aceptaba de buen grado, y quise ver en qué términos daba tu mujer á ese hombre las gracias que, por lo visto, le había prometido. Esta

es la historia compendiada de los sucesos. He aquí ahora la prueba del más grave.

Y esto dicho, Ramón, sacándole del bolsillo, puso en las manos trémulas de Carlos el billete que había encontrado en el estuche del aderezo.

A medida que el primero iba acercándose al fin de su relato, se producía una notable transformación en el ánimo de Carlos.

Lo que aterraba á éste, antes de conocer aquellos datos, era la posibilidad de que le exhibieran una prueba de que Isabel no era ya dueña del corazón que jamás creyó él poseer por entero. En tal caso, el mal no tenía ya remedio. Isabel era mujer al cabo, y podía tener esa y aun otras debilidades análogas. Pero lo que le decía Ramón era de un género incompatible con ella, y demasiado, por tanto, para tomado al pie de la letra. Isabel podría llegar á faltar á sus deberes, pero no de aquel modo; podría conquistar su virtud un hombre, pero no un hombre como el vizconde; podría vencérsela con una pasión, pero jamás con una dádiva, como á una esquiva niñera; podría, en fin, por una aberración de su talento y de su carácter, llegar á dejarse dominar por un acto semejante, y aun á recibir una expresión material de su cariño; pero hacer ostentación de ella á la faz del mundo, á la de su propio marido, jamás.

Isabel podría serlo todo, menos vulgar y necia.

Arguyéndose así Carlos á medida que Ramón le hablaba, cuando tomó en sus manos el papel mencionado, asombróse el último al observar que no le producía el efecto que él temía. Carlos no estaba tranquilo, ni mucho menos; mas para el hombre que había llegado en sus recelos al punto á que él había llegado, la historia hecha por Ramón y el contenido ambiguo del billete eran, ya que no un consuelo, cuando menos una tregua en su posible desventura.

Así, pues, leído el papel con gran presencia de ánimo, dijo á Ramón:

—En todo esto hay un crimen indudablemente; una verdadera infamia, que no quedará impune; pero esta infamia no es, ni ser podía, de Isabel.

—¿De quién es entonces?—preguntó Ramón admirado.

—Del que firma este billete,—respondió Carlos estrujándole en su mano.

—Y ¿qué más da para tí?

—¡Mucho, Ramón! Pude haber perdido á Isabel á más de la honra; y hasta aquí no veo más que una apariencia de ello, tal vez preparada por ese miserable. Tremendo será esto para mí, pues rastros dejan tales apariencias que no se borran jamás; pero, al cabo, no es el peor de los dos males que me amenazaban.

—Pero ¿en qué puedes tú fundarte para aceptar esa idea?

—En tu propio relato, en este papel, en el carácter de tu cuñada... y en otras mil razones que tú no puedes alcanzar, porque no conoces como yo el mundo ni el corazón humano.

—¿Y en esa confianza vas á dormirte otra vez?

—¡Oh, eso no!—dijo fieramente Carlos, que ya se había puesto de pie.—Colocado para mis propósitos en la peor de las hipótesis, voy á proceder en todo, y sin pérdida de un solo instante, con la energía que tienes derecho á exigir de mí. ¡Yo te juro que no he de dar al mundo el triste espectáculo de un marido resignado!

Y esto dicho, y dejando á Ramón en su cuarto, se dirigió al de Isabel.

XI

Habíase ésta levantado rato hacía, porque su sueño de aquella noche no había sido tan tranquilo como los de costumbre, merced al recuerdo del lance de su cuñado; recuerdo á que, en la soledad de sus meditaciones, daba mil formas y colores diferentes, aunque, en honor de la verdad, le examinó por todas partes menos por donde debía, lo cual prueba la gran tranquilidad de su conciencia en ese particular, y hasta